

todo investigador en cualquier campo que desarrolle sus inquisiciones:

Todo se nos escapa, y todos, y hasta nosotros mismos. La vida de mi padre me es tan desconocida como la de Adriano. Mi propia existencia, si tuviera que escribirla, tendría que ser reconstruida desde fuera, penosamente, como la de otra persona; debería remitirme a ciertas cartas, a los recuerdos de otro, para fijar esas imágenes flotantes. No son más que muros en ruinas, paredes de sombra. Ingeniería para que las lagunas de nuestros textos, en lo que concierne a la vida de Adriano, coincidan con lo que hubieran podido ser sus propios olvidos.

Marguerite Yourcenar enuncia las reglas del juego del retratista, que bien pueden extenderse al investigador cinematográfico, a aquel que se enfrenta con estas densas paredes de sombra *buscando* no “resolver” el misterio sino entrar en él y *verlo*. Con ellas quiero cerrar esta lectura: “Las reglas del juego: aprenderlo todo, leerlo todo, informarse de todo, adaptar a nuestro fin los *Ejercicios* de Ignacio de Loyola o el método del asceta hindú que se esfuerza, a lo largo de los años, en visualizar con un poco más de exactitud la imagen que construye en su imaginación. Rastrear a través de millares de fichas la actualidad de los hechos; tratar de reintegrar a esos rostros de piedra su movilidad, su flexibilidad viviente. Cuando dos textos, dos afir-

maciones, dos ideas se oponen, esforzarse en conciliarlas más que en anular la una por medio de la otra; ver en ellas dos facetas diferentes, dos estados sucesivos del mismo hecho, una realidad convincente en tanto compleja, humana en tanto múltiple. Tratar de leer un texto del siglo II con los ojos, el alma y los sentimientos del siglo II; bañarlo en esa agua-madre que son los hechos contemporáneos; separar, si es posible, todas las ideas, todos los sentimientos acumulados es estratos sucesivos entre aquellas gentes y nosotros. Servirse, no obstante, prudentemente y a título de estudios preparativos, de las posibilidades de acercamiento o de comprobación, de perspectivas nuevas elaboradas poco a poco por tantos siglos o acontecimientos que nos separan de ese texto, de ese suceso, de ese hombre; utilizarlos de alguna manera como hitos en la ruta de regreso hacia un momento determinado en el tiempo. Deshacerse de las sombras que se llevan con uno mismo, impedir que el vaho de un aliento empañe la superficie del espejo; atender sólo a lo más duradero, a lo más esencial que hay en nosotros, en las emociones de los sentidos o en las operaciones del espíritu, como puntos de contacto con esos hombres que, como nosotros, comieron aceitunas, bebieron vino, se embadurnaron los dedos con miel, lucharon contra el viento despiadado y la lluvia ennegrecedora, y buscaron en verano la sombra de un plátano y gozaron, pensaron, envejecieron y murieron”.

Jesús Monjarás-Ruiz

Ana Garduño

Conflictos y alianzas entre Tlatelolco y Tenochtitlan.

*Siglos XII a XV**

México, INAH (Serie Historia, Col. Biblioteca del INAH), 1997, 188 pp.

Cuando hablamos del Tlatelolco prehispánico, por lo general evocamos la imagen de su exuberante y opulento mercado, admirado por los conquistadores, cuya descripción quedara plasmada en las vívidas descripciones de Bernal Díaz y de Cortés y, con menor colorido y extensión en la obra del anónimo compañero de este último. Relatos que más allá del recuento de sus innumerables productos y personajes, dan noticia de una sociedad compleja, y, entre líneas, muestran la intrincada dinámica mesoamericana del momento del encuentro: pluralidad étnica, lingüística y cultural reflejada en la diversidad de productos y en la variedad de personajes asociados al buen funcionamiento del mercado.¹

Admiración y encuentro que señalan el partearguas de un desarrollo histórico propio que, como última expresión, se presentaría a los extraños materializado en el llamado “Imperio de Moctezuma”. En realidad, la Triple Alianza entre tenochcas, tetzcoanos y tlacopanecas, macro unidad so-

*Versión corregida del texto leído en la presentación del libro, dentro del marco de la XIX Feria Internacional del Libro, en el Palacio de Minería, el jueves 19 de marzo de 1998.

¹ Jesús Monjarás-Ruiz, “Tlatelolco, la otra cara de los mexicas”, en *Homenaje a Julio César Olivé Negrete*, IIA-UNAM/INAH/Colegio Mexicano de Antropólogos, México, 1991, pp. 417-430, el párrafo anotado está en la p. 417.

ciopolítica, máximo logro del periodo Posclásico tardío, detrás de la cual se encontraba una experiencia milenaria en grupos dominantes y en organización estatal, y más de cuatro mil años de desarrollo de la agricultura.²

El grupo dominante de la Triple Alianza, política, militar y económicamente era el de los mexicas, quienes a partir de la humilde fundación de Tenochtitlan, entre 1325 y 1521, lograron ponerse a la cabeza de la estructura sociopolítica más elaborada aunque poco firme del Posclásico mesoamericano.³

Por ello, al hablar de los mexicas se piensa en los de Tenochtitlan, idea que soslaya una parte de la historia que, aunque con antecedentes desde el periodo migratorio, para mí, se remonta a 1337, fecha que se acepta como la de la fundación de Tlatelolco y señala la irreversible separación de las facciones mexicas. Faceta velada de la historia, la del devenir de la "otra cara de los mexicas", la cual, desde su salida de Aztlán hasta 1473, aborda Ana Garduño en su libro *Conflictos y alianzas entre Tlatelolco y Tenochtitlan*, cuya presentación nos reúne esta tarde.

La historia que reconstruye la autora es una historia básicamente política en la que busca aclarar el tipo de relaciones que existieron entre las dos facciones mexicas, principalmente las alianzas y los conflictos surgidos entre ellas durante el lapso señalado.

Tal vez el principal obstáculo para rehacer esta historia fue la escasez de fuentes tlatelolcas directas. Como sabemos, las crónicas, las historias, los códices y los documentos que tratan

del devenir mexica, se ocupan abrumadoramente de los tenochcas. Sin embargo, algo dicen sobre sus hermanos los tlatelolcas; datos que unidos a los contenidos en fuentes propiamente tlatelolcas y de otras regiones o en historias como las de Torquemada permitieron a la autora hilvanar el relato estructurado que nos ofrece su libro. Si bien "la guerra civil mexicana" será el tema fundamental que se aborda en los capítulos 7-11, en los antecedentes 1-6, Garduño analiza los conflictos surgidos durante la migración y las fundaciones de Tenochtitlan y Tlatelolco, al igual que el periodo de dependencia común con respecto a Azcapotzalco para, hacia 1376, aún en la situación anterior, entrar al juego político de la región lacustre central al contar con sus propios y primeros tlatoque (Cuacuauhpitzáhuac en Tlatelolco y Acamapichtli en Tenochtitlan. Aquí resulta importante señalar que el primero era tepaneca y el segundo representaba la tradición culhuacana), situación que prevalecería hasta la muerte de Huehue Tezozómoc de Azcapotzalco, ocurrida en 1428; Huehue Tezozómoc fue la cabeza visible del poder hegemónico de una Triple Alianza formada por tepanecas, coatlichantlacas y culhuacanos, su deceso provocó problemas sucesorios y el desequilibrio de fuerzas dentro de la región lacustre central, lo que dio lugar a nuevos reagrupamientos encaminados en un principio a derrocar al poder tepaneca encabezado por Maxtla.

La coalición formada para lograrlo proporcionó a los mexicas (tenochcas y tlatelolcas) aliados cercanos, como los tetzcoconos de Nezahualcōyotl, o lejanos e indirectos, en el caso de los tlaxcaltecos, huexotzincas y otros; a los que habría que agregar la segura participación de las minorías mexicas establecidas en las ciudades-estado ribere-

ñas durante la etapa migratoria. Los dirigentes visibles fueron Itzcōatl de Tenochtitlan, Cuauhtlatōa de Tlatelolco, Nezahualcōyotl de Tetzcoco, Tecocohuatzin de Cuauhtitlán y Tenocellotzin de Huexotzinco. Extensa y poderosa coalición desaparecida una vez destruido el poder tepaneca. Sin embargo, quedaban pendientes dos asuntos básicos: el establecimiento de los términos de la relación-alianza entre acolhuas y mexicas, y la definición de la hegemonía entre estos últimos.

La solución del primero fue la formación de una nueva Triple Alianza entre Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan, en sustitución de Cuihuacán, Coatlichan y Azcapotzalco, respectivamente. Este tipo de confederación entre ciudades-estado, evidentemente desigual en importancia y, por ende, en participación, parece haber sido característica del periodo Posclásico y no sólo privativa de la región lacustre central. Desde mi punto de vista, se trató de una institución de carácter eminentemente político-militar, encaminada a mantener el equilibrio de fuerzas en una zona determinada, aunque, en el caso que nos ocupa, el sentido localista de la misma quedaría rebasado con mucho; aquí existió un desfase entre modelo y realidad social, posible anuncio de nuevas formas de organización sociopolítica.

El segundo de los problemas, tema central del libro de Garduño, si bien terminaría en 1473 con la derrota de los tlatelolcas, presenta un interesante desarrollo, preludiado por una etapa de bonanza para Tlatelolco, de la que se ocupa en el capítulo 6 de su libro, "Alianzas de 1430 a 1470", en el cual plantea una pregunta muy interesante: ¿por qué Tlacopan y no Tlatelolco? Para integrar la nueva Triple Alianza. Interrogante que tiene su razón de ser si recordamos que los tlatelolcas,

² Cfr. Jesús Monjarás-Ruiz, *La nobleza mexicana: surgimiento y consolidación*, México, Edicol (Colección Ciencias Sociales), 1980, pp. 30-49.

³ *Ibid.*, p. 185.

cuando pidieron su primer tlatoani (Cuacuauhpitzáhuac) a Huehue Tezozómoc de Azcapotzalco, al ser este personaje el tronco del linaje gobernante tlatelolca (básicamente dentro del estrato superior y seguramente también entre el común), dicho suceso los emparentaba con los tepanecas. Sin embargo, parece ser que sus indecisiones y participación poco firme en la guerra contra Azcapotzalco —entendibles desde cierto punto de vista— y la ya abierta rivalidad con los tenochcas desde el tiempo de las fundaciones, inclinaron en su contra el fiel de la balanza. Aunque también debemos considerar, como lo hacen algunos autores, que en ese momento los mexicas eran tanto tlatelolcas como tenochcas, o sea que ambos, aunque bajo el predominio tenochca, participaban como miembros de la Alianza.

Por otra parte, aun considerados como externos a la Triple Alianza, parece ser que la ganancia de los tlatelolcas como participantes en la coalición vencedora fue el tener la vía libre en el aspecto comercial, básicamente el dominio del comercio a larga distancia, que les proporcionaría riquezas iguales o incluso superiores a las obtenidas por los tenochcas a base del tributo. Además, de acuerdo con algunas fuentes, fueron importante apoyo militar para los tenochcas y sus aliados en diversas campañas militares, en particular la que condujo a la derrota total de Chalco. La guerra contra Chalco reviste especial importancia; para mí, marcó el momento de la verdadera consolidación del poder mexica, tanto dentro de los términos de la Triple Alianza, como en su relación con Chalco. Estoy convencido de que es a partir de aquí, cuando realmente podemos hablar del mexica como el pueblo que, heredero de una cultura milenaria, mediante su carrera expansionista

—posibilitada en buena medida por esta victoria— impondría características propias al desarrollo de muchos pueblos contemporáneos. Si hubieran caído ante Chalco, ¿podrían haber sido el pueblo del sol, a pesar de todas sus victorias encabezadas por la de Azcapotzalco?

Época, la del gobierno de Cuauhtlatoa (1428-1467) que señala casi cuatro decenios de independencia y gran desarrollo: “el apogeo de Tlatelolco”. Hasta 1440 su contraparte en el gobierno tenochca fue Itzcóatl y de esa fecha a la de su muerte, Moctezuma Ilhuicamina. Sin embargo no todo sería miel sobre hojuelas.

Una “supuesta guerra entre Tlatelolco y Tenochtitlan (hacia 1430-1435)” se trata en el capítulo 7. A ella se refieren, con ciertas imprecisiones y contradicciones varias fuentes. Conflicto supuestamente originado por los afanes hegemónicos de Cuauhtlatoa entre los mexicas quien, para lograrlos, pretendía eliminar a Itzcóatl. Del análisis que hace la autora respecto de las fuentes, en alguna de las cuales incluso se asienta como un hecho la conquista de Tlatelolco por dicho tlatoani tenochca, se desprende en primer lugar la posibilidad de que ésta haya sido una “guerra simbólica” cuyo objetivo fue patentizar el predominio tenochca. En apoyo a esa suposición cabe recordar que durante la gestación o negociación para el establecimiento de la Triple Alianza entre mexicas (tlatelolcas y tenochcas), tetzcoconos y tlacopanecas, estos últimos fueron incluidos en un lugar secundario, en parte meramente simbólico. Y que si bien en la “guerra contra Azcapotzalco” la participación mexica había sido importante, no le había ido a la zaga la de Nezahualcóyotl y sus aliados. O sea que, en buena medida, se encontraba en juego la respuesta a las preguntas

¿a quién correspondería encabezar la surgiente Triple Alianza? y ¿cómo se evidenciaría dicha supremacía?

Los cronistas mexicas señalan que éstos, no sabemos si como cobro a la ayuda prestada a Nezahualcóyotl, le proponen a éste un trato encaminado a la solución del problema, mediante el cual los mexicas no perderán “su imagen, autoridad y derecho” entre los señoríos comarcanos; trato consistente en una guerra fingida en la que resultarían vencedores los mexicas. También existe una versión tetzcocona en la que, por supuesto, quienes obtienen la victoria son las tropas de Nezahualcóyotl. Por su parte Torquemada niega categóricamente el suceso.

Volviendo al libro que nos ocupa, aunque la autora no descarta por completo la posibilidad de una “guerra simbólica”, considera más probable que el conflicto tuvo que ver con la fijación de los límites acuático-territoriales entre las parcialidades mexicas, pues dada la proximidad de los islotes donde se asentaban las capitales tlatelolca y tenochca, era necesario establecer y respetar dichos linderos.

El periodo de Cuauhtlatoa fue el de mayor esplendor de Tlatelolco y también el de máxima competencia con Tenochtitlan. A la muerte de dicho tlatoani, en 1467, ascendió al poder en Tlatelolco el formidable guerrero Moquíhuix. En Tenochtitlan aún gobernaba Moctezuma I, quien sólo le sobrevivió un año. A Moctezuma Ilhuicamina, iniciador, junto con otros, del esplendor mexica, le sucedió, en 1468, Axayácatl. De hecho el águila mexica seguía siendo bicéfala, quedaba pendiente saber qué cabeza desaparecería.

De acuerdo con el nuevo estado de cosas, donde a pesar de sus diferencias Cuauhtlatoa por el lado tlatelolca e Itzcóatl y Moctezuma I por el tenochca, de varias formas habían colabora-

do, Moquíhuix y Axayácatl se enemistaron. “Fin de la alianza”, tratado por la autora en el capítulo 8.

Moquíhuix tenía fama de excelente guerrero, de hecho fue el vencedor de Cuetlaxtlan, victoria considerada el gran triunfo de México-Tlatelolco; poco partidario de los tenochcas, provocó a Axayácatl, haciendo patente su intención de llevar a cabo la supuesta o real aspiración de su antecesor de implantar la hegemonía tlatelolca entre los mexicas, por medio de la eliminación de su gobernante y dirigentes principales. El problema se recrudeció en 1472 con la muerte de Nezahualcóyotl, quien si bien siempre tuvo el papel de mediador, también, mostró —por motivos personales y políticos— cierta inclinación hacia Moquíhuix.

Para Garduño el conflicto comenzó a partir del inicio de la gestión de Axayácatl, sin embargo, para otros autores, ya desde la muerte de Cuauhtlatoa en 1466 “...se amojonaron los tenochcas y tlatelulcas, haciendo una mui grande y mui ancha zanja, que dividió a los unos de los otros...”⁴ Más como señal de separación que como simple delimitación de fronteras.

Dada la situación, sólo quedaba un camino para resolverla: la guerra, la cual, como en todos los grandes sucesos que nos refieren las crónicas, estuvo precedida por diversos augurios, los cuales en su totalidad fueron adversos a los tlatelolcas, según se asienta en el capítulo 9, “En vísperas de su muerte y destrucción”. Premoniciones mánticas evidentemente desoídas, a las que

se sumaban otras causas que dieron por resultado el enfrentamiento final: maltratos, violaciones, faltas al ritual, etcétera. Aunque, en general, se da mayor peso a los desprecios, groserías y malos tratos que diera Moquíhuix a su mujer Chalchiuhenetzin, hermana de Axayácatl, de la cual se dice que incluso se veía forzada a dormir sobre un petate viejo y tenía que soportar los desplantes y veleidades de Moquíhuix. A lo que indudablemente hay que agregar las viejas y nunca totalmente resueltas rencillas surgidas desde la migración y la fundación de las ciudades, la competencia militar, los celos urbanísticos y los no menos importantes aspectos económicos implicados en lo dicho. Aunque, desde mi punto de vista, lo que en realidad estaba en juego eran las aspiraciones hegemónicas de tlatelolcas y tenochcas dentro de la Triple Alianza.

La “Guerra a sangre y fuego” está tratada en el capítulo 10 de la obra. Del relato de la misma queda claro que hubo momentos de duda e incluso intentos de concordia; sin embargo, iniciado por Moquíhuix o por Axayácatl —según las fuentes que se prefieran— se dio el encuentro final, por cierto el hecho mejor documentado del conflicto, no exento de dramatismo y ciertos tintes escatológicos, que culminarían con el trágico fin de Moquíhuix y sus capitanes, muertos en combate o desempeños desde lo alto de su imponente Templo Mayor, envidia de los tenochcas.

De las “Consecuencias inmediatas de la guerra” se ocupa el capítulo 11 y último del libro de Garduño. La más importante de éstas fue, sin lugar a dudas, la pérdida de la autonomía tlatelolca, pues, a partir de ese momento, el hasta hacía poco poderoso rival de Tenochtitlan, pasó a depender de éste en calidad de *cuauhtlatocáyotl*, gobernado por militares nombrados

desde su nueva e impuesta capital. Las condiciones de paz, como las de toda guerra civil, fueron rigurosas para los vencidos: su Templo Mayor fue destruido y convertido en basurero; sus pocas tierras y su opulento mercado, repartidos, y se les impuso tributo excesivo. Aunque, seguramente tomando en cuenta los beneficios que les proporcionaba, los tenochcas —apropiándose parte de los productos— dejaron el control del comercio a los tlatelolcas; sus aliados sufrieron castigos semejantes o incluso más severos. De esta forma los mexicas eliminaron cualquier obstáculo para establecer su hegemonía dentro de la Alianza.

De la discusión final de la autora, desde mi punto de vista, vale la pena destacar dos puntos: el primero, la caracterización de Tlatelolco como un pueblo distinto al de Tenochtitlan, debido sobre todo a su desarrollo diferente, factor más importante de lo que pudo representar el tener un mismo origen y, en muchos sentidos, una historia paralela. Especificidad que, a pesar de los avatares sufridos tendrían los tlatelolcas. Sin embargo, llegado el momento tendrían mayor peso los elementos comunes subyacentes, lazos de hermandad cuya máxima y última expresión se dio, antes de la instauración del régimen colonial, en 1521, cuando la devastadora acción de los españoles y sus aliados obligó a los tenochcas a buscar refugio en Tlatelolco, acompañados de la imagen o envoltorio de Huitzilopochtli.

El segundo punto se refiere a la caracterización que la autora hace de la Triple Alianza, después de la muerte de Nezahualcóyotl como una coalición decadente. Los últimos trabajos al respecto de Carrasco, Berdan, Hodge y Smith, entre otros, señalan que, para la época inmediatamente anterior a la Conquista, se avizoraba dentro de la Triple

⁴ Fray Juan de Torquemada, *De los veinte i un libros rituales i monarquía indiana, con el origen y guerras de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimientos, conquistas, conversión y otras cosas maravillosas de la misma tierra* (ed. facc.), t. I, l.2, cap. L, p. 164.